

poco tiempo, de las Bocas, Guaimas y Mazatlan, la carne, harina, y todos los cereales necesarios; abundaban los pozos de agua en el recinto de la villa; habia trescientos hombres de marinería y doscientos de maestranza, y mas de trescientos europeos armados y dispuestos como aquellos á defenderse; más de cien piezas de artillería de todos calibres, y montadas cuarenta de ellas con sus correspondientes municiones, y ocho ó nueve oficiales de marina (1).

1810. Marchar á poner sitio á una plaza que
 Noviembre. contaba con esos elementos, sin mas fuerza que mil hombres, indios en su mayor parte, sin disciplina, con malas armas y sin instruccion militar, parecia mas que temeridad, una locura. Mercado, sin embargo, lleno de fé en la empresa, intimó el 26 de Noviembre al comandante de navío D. José Lavayen, que era el jefe de la plaza, la rendicion de la villa. No habiendo recibido contestacion al primer oficio, repitió la intimacion el 28, dando media hora de plazo para la contestacion. «Por un conducto seguro,» dice, «he dirigido á VV. SS. un oficio en que al mismo tiempo que les intimaba la rendicion de la villa sitiada por respetable ejército de mi mando, les aseguraba, bajo mi palabra de honor, ó bajo otra seguridad que exigieran, por si se rendian voluntariamente, serian tratados los europeos, y todos sus habitantes, con la mas atenta consideracion, salvarian

(1) Este es el estado que guardaba el puerto de San Blas, segun el informe que D. Vicente Garro, administrador de correos de Guadalajara, testigo de los hechos, dió á D. Félix Calleja el 8 de Febrero de 1811.

»sus vidas, y parte, ó acaso todos sus intereses; pero no
 »habiendo tenido contestacion alguna, antes sí notoria
 »de que VV. SS. se determinan mas y mas para la de-
 »fensa, he tenido á bien declarar esa villa, en estado de
 »sitio, é intimar á VV. SS. que, si dentro de media hora
 »de recibir ésta, no salen parlamentarios á establecer
 »negociaciones de paz, lo llevaré todo á fuego y sangre,
 »y no daré cuartel á nadie; y esa infeliz villa, por el
 »capricho de VV. SS., será víctima del desatinado furor
 »de mis soldados, á quienes no me será fácil detener
 »desde el instante que se ensangrienta la batalla, de cu-
 »yas resultas hago á VV. SS. responsables; de suerte
 »que jamás pueda imputárseme precipitacion en mis
 »órdenes, pues he procurado de muchos modos evitar la
 »efusion de sangre y la indefectible víctima de todos
 »VV. SS. Por tanto, esta es la última intimacion, y la
 »falta de respuesta á ella, será la señal segura del rompi-
 »miento; pero en la inteligencia que cuando peleen de esa
 »parte los niños y las mujeres, les tocarán diez soldados á
 »cada uno, pero diez soldados acostumbrados á vencer y á
 »avanzar hasta la misma boca de los cañones, y sobre este
 »punto podrán informar de algunos que se hallaron en
 »la batalla de Zacoalco. Sin embargo, estoy muy distan-
 »te de creer que la prudencia de VV. SS. quiera sacrifi-
 »carse y sacrificar tanto infeliz, empeñándose en alguna
 »accion, cuyo resultado, de cualquier modo, ha de ser
 »funesto para VV. SS., aun cuando logran resistir al
 »impulso terrible de toda la nacion, que, levantada en
 »masa, se marche toda contra ese punto, y en este con-
 »cepto espero parlamentarios, á quienes doy por esta,

»bajo mi palabra de honor, salvoconducto para venir y
 »volver con que traigan una bandera de paz, y sin armas
 »de resguardo.—Dios guarde á VV. SS. muchos años.—
 »Sitio de San Blas y Armas americanas, Noviembre
 »veintiocho de mil ochocientos diez.—Soy con la mas
 »atenta consideracion el comandante de las armas del
 »Poniente, afectísimo de VV. SS.—*José Maria Merca-*
 »*do*.—Señor comandante y europeos de la villa de San
 »Blas.»

1810. Un militar sereno y valiente hubiera visto
 Noviembre. en la anterior intimacion, mas el objeto de
 aterrarse con la amenaza, que el poder de apoderarse de la
 plaza por medio de las armas; mas el artificio y la osadía
 del jefe que intimaba, que los recursos con que contaba
 para realizar la intimacion; pero el comandante de la
 plaza D. José de Levayen, carecia de las dotes que deben
 concurrir en un militar, y aterrado por las amenazas, no
 pudo analizar aquellas partes de la intimacion que de-
 jaban traslucir el intento del jefe independiente, de atemo-
 rizar para que no se le opusiese resistencia. Sobrecogido
 de pavor el comandante realista, contestó en el acto con
 un oficio que revelaba su apocamiento de ánimo, que «el
 arsenal y los buques era propiedad del rey Fernando VII;
 que él, lo mismo que todos los que le servian, estaban
 obligados á defenderle; que ignoraba el motivo que la
 nacion tenia para haberse levantado en masa, como le
 decia, y que para instruirse de ese punto y evitar así
 toda efusion de sangre, dejando á cubierto de todo ultraje
 su honor y el de los europeos acogidos bajo la bandera
 del rey, comisionaba al alférez de fragata D. Agustin
 Bocalan.»

Mientras cruzaban estas contestaciones que indicaban
 bien claramente la entrega de la plaza, el obispo, poseido
 del mismo terror que el comandante, se retiró á bordo
 del bergantin *San Carlos*; y los europeos, no dudando que
 Lavayen iba á entregar la villa, imitaron al prelado,
 embarcándose cuantos pudieron, llevándose lo que les
 fué posible de sus bienes. Igual cosa hicieron los oidores
 Alva y Recacho, que se habian refugiado allí cuando
 huyeron de Guadalajara. Puesto en franquía el buque
 en que entraron, se hicieron á la vela en la mañana mis-
 ma en que tomó posesion de la plaza el jefe independien-
 te, y se dirigieron al puerto de Acapulco, á donde llega-
 ron sin contratiempo.

El parlamentario Bocalan, con la mira acaso de que
 no fuesen destruidos algunos bienes de campo que tenia
 en las inmediaciones de la poblacion, abultó excesiva-
 mente el número de fuerzas de Mercado, acabando con
 su informe de decidir á Lavayen y á los vocales de la
 junta de guerra que convocó, á que admitiesen una capi-
 tulacion, cuyos artículos habia concertado con Mercado
 en su entrevista. En esos artículos estaba convenido,
 «que la plaza quedaba siempre bajo la misma soberanía
 y en el mismo culto de la religion católica que profesaba
 el país entero; que no sufririan extorsion ninguna las
 personas que no hubiesen tenido parte en la traicion que
 contra la religion y la patria se meditaba; pero que los
 europeos darian caucion de sus personas y haciendas
 mientras llegaban los comprobantes y se averiguaba
 quién era inocente y quién reo.»

Como se ve, en este convenio se hacia valer la idea,

para alucinar al pueblo, de que la revolucion tenia por objeto defender los derechos del rey Fernando y la religion católica, contra los españoles radicados en el país, á quienes se suponía afectos á Napoleon y dispuestos á entregar á los franceses el reino.

1810. El hecho de Mercado fué verdaderamente notable, y su intrepidez le honra sobremedera, pues se apoderó de una plaza que tenia notables elementos de defensa, sin tirar un tiro, con una insignificante fuerza indisciplinada. Todo lo que de glorioso tiene esa accion para el jefe insurrecto, tiene de vergonzoso para el comandante realista Lavayen que, dando crédito á los infieles informes de Bocalan, entregó la plaza á un enemigo que no se dejaba ver todavía, sin haber intentado siquiera la defensa. No fué dictada la determinacion de Lavayen por la traicion, como se creyó al principio, sino por la cobardía. Varios de los que asistieron á la junta manifestaron que la plaza se debia defender hasta perder todos la vida, siendo de esta opinion un capitán español que tenia una corta fuerza en el castillo; pero Lavayen se opuso con firmeza, y como jefe de la plaza, su voto prevaleció (1). Viendo la decidida determinacion del comandante en capitular, se embarcaron para no presenciar la entrega de la plaza. Como los

(1) «Los he considerado» (a Lavayen y los que opinaron con él) «dignos de la mayor consideracion, porque á mas de haber contraido el relevante mérito de haberse opuesto con firmeza á los votos de algunos de los que se fueron, que eran de parecer que la plaza se debia defender hasta morir, se han atenido á mi palabra de honor». (Parte de Mercado, dando cuenta de la toma de la plaza al cura Hidalgo el 8 de Diciembre.)

tratados se habian extendido ya cuando los buques se disponian á salir, el capitán español que, como he dicho, se hallaba en el castillo con una partida, temiendo que el jefe que estaba en la fortaleza encargado de la artillería impidiese la salida de los barcos que entraban en los tratados de la capitulacion, le obligó á que mojase toda la pólvora que habia y la carga de los mismos cañones, para evitar que pudiesen hacer fuego sobre los que iban á salir del puerto. Conseguido su objeto, entró en el buque en que se hallaban los dispuestos á alejarse de la plaza, y poco despues salian las embarcaciones del puerto, sin que el castillo les pudiese impedir la salida (1).

1810. Dice el historiador mejicano D. Lucas Aladiciembre. man, que pudo contribuir en la determinacion de Lavayen «el terror de que estaban poseidos el obispo y los oidores Recacho y Alva y los europeos, amedrentados con el suceso de Zacoalco y retirada procesional de la Barca, y cuyo embarque y fuga precipitada debió causar mucho desaliento en los que tuviesen alguna disposicion para defenderse»; pero como se ve, por lo que dice el mismo Mercado, lo que les obligó á embarcarse á muchos, fué precisamente el ver que Lavayen se oponia á defenderse como ellos proponian.

Don José María Mercado, firmada la capitulacion, entró en San Blas el 1.º de Diciembre, cumpliendo religiosamente con lo que habia ofrecido, y guardando las mas atentas consideraciones á los capitulados, especialmente á Lavayen, Bocalan y la oficialidad del punto, á quienes

(1) El referido parte de Mercado al cura Hidalgo.

concedió que saliesen para Tepic con sus equipajes, bajo su palabra de honor. Respecto de los sesenta españoles comerciantes, aunque el afán de Mercado era que gozasen de las garantías concedidas en el convenio, se veía precisado á contener á su gente que buscaba un pretexto para hacerles daño. El jefe independiente, queriendo cumplir lealmente con la palabra dada, les dejó que se

1810. quedasen en sus casas, mientras presentaban
Diciembre. las fianzas necesarias; pero viendo que habia dificultades para que las pudieran dar allí, y conociendo, como él mismo dice, que «no podian permanecer dentro de la plaza mucho tiempo por temor de una sedicion, pues si por desgracia se incendiaba alguna casa, se arrojarian sobre ellos y los despedazarian, por las infundadas sospechas que tenian de que intentaban poner fuego» (1), se vió precisado á tomar una disposicion nueva. No pudiendo obligarles, segun el convenio, á salir de la villa ni á ponerles presos, les manifestó el cuidado en que se hallaba por la seguridad de ellos, teniendo que convencer á su gente á cada instante de que nada intentaban contra la independenciam. En virtud de esto, les propuso darles una escolta, con la cual podrian llegar á donde se hallaba el cura Hidalgo, á quien se presentarian como capitulados. Los españoles, conociendo el peso de las razones de Mercado, convinieron varios de ellos en salir y presentarse al caudillo de la revolucion, pero sin admitir escolta, pues esto les haria marchar como presos, y la ca-

(1) Parte de Mercado, dando cuenta al cura Hidalgo de la toma de San Blas y de todo lo practicado.

pitulacion no les reputaba así. Atendiendo al derecho que les daba la capitulacion, se les dejó que marchasen sin ser escoltados, comprometiéndose antes, bajo su firma, á presentarse al cura Hidalgo. Los bienes de ellos, así como todos los de los europeos que habian huido de la poblacion antes de que entrasen las tropas de Mercado, se reconocieron por éste y se depositaron hasta que el cura Hidalgo declarase lo que se debia hacer (1).

Don José Lavayen fué llamado algun tiempo despues á Méjico para responder á los graves cargos que sobre él pesaban por la entrega de la plaza; pero en el juicio á que se le sujetó fué declarado absuelto, contribuyendo no poco á esa absolucion la circunstancia de estar casado con la hija de D. Andrés Mendivil, administrador de correos, persona muy respetada y de notable influjo en el partido realista. Pero la benevolencia con que le trató el consejo, no le quitó, para el público, la mancha de cobardía que contrajo con la capitulacion. Las cartas de él y de D. Agustin Bocalan, escritas al jefe independiente Mercado, están demostrando que no era el valor la cualidad de que tenian derecho de blasonar (2).

1810. Pocos dias despues de la toma de San Blas
Diciembre. entró en su puerto la fragata mercante *Princesa*, cuya tripulacion ignoraba que se hallase en poder de los independientes. Mercado dispuso sus lanchas ca-

(1) «Mandé por un bando, que se reconocieran y depositaran generalmente todos los bienes de europeos, hasta que V. A. declarase lo que le pareciere justo sobre todos». (Parte de Mercado al cura Hidalgo el 8 de Diciembre.)

(2) Véanse esas cartas en el Apéndice bajo el n.º 1.

ñoneras, en una de las cuales hizo colocar un cañon de á veinticuatro, dió orden al castillo para que hiciese fuego en caso de que el buque tratase de hacerse á la vela, y tomadas todas las demás medidas convenientes, envió á bordo á un oficial para que intimase la rendicion al capitán del buque. La inesperada nueva sorprendió al intimado, que era el alferéz de fragata D. Gaspar de Maguna (e) y permaneció un rato sin resolverse á la entrega. Entonces se le hizo saber que el castillo estaba dispuesto á disparar sus piezas sobre la embarcacion, lo mismo que las lanchas cañoneras, si trataba de hacerse á la mar. Maguna, viendo que era inútil toda resistencia, pues la tripulacion se componia de cien hombres, y solo contaba de gente de armas algunos soldados, se rindió y prestó el juramento de obediencia. El cargamento de la fragata se componia de cáñamo y de sebo.

Desde el momento que el cura D. José María Mercado se hizo dueño de San Blas, empezó á enviar al cura Hidalgo toda la artillería que le fué posible y de que el ejército independiente necesitaba para hacer frente á las tropas realistas. No habian transcurrido aun 1810. Diciembre. mas que siete dias desde la ocupacion de la villa, y ya le habia enviado cerca de cuarenta cañones de diversos calibres, en carros, tirados por bueyes, disponiéndose á enviarle otros muchos, á medida que se construyesen nuevos carros y se proporcionasen bueyes (1).

(1) «Son como treinta y tantas piezas las que caminan para esa ciudad» (Guadalajara); «sucesivamente irán saliendo las demás, á proporcion que se formen los carros y nos aviemos de bueyes que están demasiado escasos» (Parte de Mercado dando cuenta al cura Hidalgo de la toma de San Blas.)

La revolucion, como se ve, se hallaba, en los momentos en que algunos la juzgaban herida de muerte por la derrota que sus caudillos sufrieron en Aculco, mas potente y amenazadora que nunca. Las mas ricas y pobladas provincias del interior se acababan de declarar en favor de la idea proclamada por el cura Hidalgo, brindándole con recursos abundantes de hombres y de dinero.

Este era el estado en que se hallaba la guerra en los momentos en que Calleja acababa de adquirir su triunfo en Aculco, y en que Allende en Guanajuato y el cura Hidalgo en Valladolid, trataban de reparar las pérdidas sufridas en la última batalla.

Volvamos ahora á ocuparnos de los acontecimientos que siguieron á la batalla de Aculco, en que figurarán los principales jefes de uno y otro partido.